



**BOLETÍN  
DE LA ACADEMIA  
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVII N° 200  
Julio–diciembre 2018  
Quito–Ecuador**



# **BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVI  
N° 200**

**Julio–diciembre 2018  
Quito–Ecuador**



## ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR:	Dr. Jorge Núñez Sánchez
SUBDIRECTOR:	Dr. Franklin Barriga López
SECRETARIO:	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
TESORERO:	Hno. Eduardo Muñoz Borrero
BIBLIOTECARIA-ARCHIVERA:	Mtra. Jenny Londoño López
JEF. A DE PUBLICACIONES:	Dra. Rocío Rosero Jácome
RELACIONADOR INSTITUCIONAL:	Dr. Vladimir Serrano Pérez

## BOLETÍN de la A.N.H.

Vol XCVI  
Nº 200  
Julio-diciembre 2018

© Academia Nacional de Historia del Ecuador  
p-ISSN: Nº 1390-079X  
e-ISSN: Nº 2773-7381  
Portada  
Rafael Troya, autoretrato  
1913

Diseño e impresión  
PPL Impresores 2529762  
Quito  
landazurifredi@gmail.com

octubre 2019

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

## BIENVENIDA A XAVIER PUIG COMO MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Jorge Núñez Sánchez<sup>1</sup>

Una Academia Nacional de Historia no puede limitar su acción al culto a los héroes o al estudio de la cronología política y de la genealogía de las grandes familias oligárquicas, como ha sido tradicional. Tanto la institución, cuanto sus miembros, tenemos el compromiso de mirar el pasado de nuestro país en grandes y generosas dimensiones, sin renunciar al conocimiento y análisis de ningún fenómeno trascendente del ayer.

De ahí que, en los últimos años, empeñados en mirar al país con esa amplia perspectiva, hemos otorgado un particular interés a la investigación de la historia cultural del Ecuador, entendiendo por tal a una variedad de procesos creativos del pasado: las ideas, las letras, la música y las artes plásticas, entre otros.

Sirvan estas palabras para entender nuestro interés por las representaciones pictóricas del Ecuador del siglo XIX, espacio en el que se mueve con gran brillantez nuestro beneficiario de esta mañana, el doctor Xavier Puig Peñalosa, un español que ha hecho del Ecuador su nueva patria, adquiriendo ciudadanía entre nosotros por la vía más grata, cual es el amor a las realidades culturales de su país de adopción.

Supongo que muchos, si no todos, hemos visto alguna vez, con contenida emoción, esas primeras visiones pictóricas de nuestro paisaje tropandino. Pero quizá no nos hemos detenido a reflexionar en el hecho de que esos cuadros del siglo XIX fueron el resultado de un programa intelectual que buscaba recrear y plasmar en el lienzo y el color los imaginarios nacionales, recuperando el paisaje regional, recreando la visión de los Andes ecuatoriales, de los tupidos bosques

---

<sup>1</sup> Director de la Academia Nacional de Historia

y grandes ríos de la Costa, y de las cerradas selvas y torrentosos ríos del Oriente amazónico.

En aquel entonces, cuando esos cuadros fueron pintados, sus autores buscaron captar y recrear en el lienzo unos paisajes y visiones naturales que la mayoría de sus conciudadanos no conocía y ni siquiera vislumbraba. Habían nacido en un tiempo en que la casi totalidad de los habitantes del país nacían, crecían y morían en el mismo lugar, sin haber salido de sus lindes parroquiales o, cuando más, no habiendo conocido más que los paisajes de su región. Eran, en cierto modo, los privilegiados de una sociedad casi feudal, en la que el sistema hacienda ataba a la inmensa mayoría de las gentes a su lugar de origen o de trabajo, castigando con terribles “leyes contra la vagancia” a quienes anduviesen por caminos y veredas sin mandato o autorización de su amo, buscando evitar de este modo la movilización o fuga de la mano de obra hacia otras regiones.

Los únicos que podían escapar de tan terrible atadura al lugar de origen eran, claro está, los señores de las familias terratenientes, que efectuaban viajes de negocios o de placer hacia otras regiones, acompañados de extensa caravana de sirvientes, palafreneros y hombres de armas, que armaban y desarmaban cada día las carpas, preparaban las comidas y atendían los requerimientos de los viajeros principales. También había otros viajeros, todavía más audaces, que andaban por los caminos del país sin servidumbre y regularmente sin compañía, pese a los bienes que llevaban consigo: eran los arrieros, pobres gentes de durísima vida y mala boca, que irían por los caminos tras su recua de mulas, puteando a las bestias y acomodando las cargas. Fuera de ellos, solo viajaban los postillones de correo, que cruzaban por los caminos como una exhalación, montados en caballos trotones y llevando su preciosa carga de encomiendas y noticias.

Regularmente no había nadie más por los caminos del país. En ese Ecuador de mediados del siglo XIX, nadie viajaba de un lugar a otro por el placer de hacerlo, por el ansia de conocer otros paisajes, por la ilusión de descubrir otras regiones y otras gentes, salvo que fuera un militar en campaña, un prófugo de la justicia, un esclavo o peón fugado de la hacienda en que nació, un cura u obispo que cam-

biaba de jurisdicción o uno de esos gringos curiosos que andaban averiguando cosas raras. El Ecuador de entonces era un país casi inmovilizado sobre sí mismo, que marchaba en su propio terreno, donde nada se movía sin la venia de las autoridades, a no ser que hubiese conflicto con algún país vecino y los soldados anduvieran reclutando hombres jóvenes para la guerra. Porque la guerra era el único espacio de movilidad que conocía esa sociedad mayoritariamente campesina, inmovilizada por voluntad de los poderes feudales imperantes; era la guerra ocasional con los países próximos y la más frecuente guerra civil, o la montonera campesina de la Costa, que agitaban de tiempo en tiempo el territorio del país y el ánimo de sus gentes.

Distinto era el panorama social imperante en las pocas y pequeñas ciudades del país, donde se habían refugiado desde tiempo atrás las ideas insurgentes, las agitaciones políticas y las preocupaciones culturales. Ahí había unos jóvenes que se empeñaban en buscar nuevos horizontes para la república, por medio de la educación del “pueblo soberano”, para que cada habitante del país pudiera convertirse en un ciudadano capaz de discernir sobre sus deberes y derechos. Se trataba de una tarea enormemente subversiva, que cuestionaba el sistema de dominación imperante, como lo mostraba el periódico *El Quiteño Libre*, que se planteaba como fines de su acción los de: 1. *Defender las leyes, derechos y libertades de nuestro país.* 2. *Denunciar toda especie de arbitrariedad, dilapidación y pillaje de la hacienda pública.* 3. *Confirmar y generalizar la opinión en cuanto a los verdaderos intereses de la nación.* 4. *Defender a los oprimidos y atacar a los opresores.*

Naturalmente, el sistema no los toleró por mucho tiempo: bajo la mano sangrienta del general Juan José Flores, el gobierno los acosó, los persiguió, desterró a uno de sus líderes (a Vicente Rocafuerte) y terminó asesinandolos a todos los demás y colgando sus cadáveres en las esquinas de la capital, para escarmiento público. Pero ese y otros excesos terminaron por carcomer al gobierno y levantar el espíritu nacional, que en marzo de 1845 se expresó en la Revolución Marcista, que, tras duros combates, echó a Flores del poder y lo exilió del país. Tras ello advino una primavera de libertad,

en la que se buscó exaltar el espíritu patriótico y se procuró con empeño la autoafirmación nacional.

Instalado un nuevo gobierno, de corte liberal y nacionalista, la Convención Nacional de 1853 implantó la instrucción primaria gratuita, con ánimo de sentar bases para una nueva y ampliada ciudadanía, que fuera sostén de la soberanía popular y la independencia nacional. Igual fin buscaba la Ley de Libertad de Estudios, que permitía la presentación de exámenes sin haber asistido a las aulas, facilitando la legalización de los estudios privados, que se habían popularizado en el país ante la falta de suficientes escuelas y colegios.

Esa búsqueda de identidad nacional se expresó también en la formación de la *Escuela Democrática de Arte "Miguel de Santiago"*, el 31 de enero de 1852, que nació con 92 socios. Aunque su finalidad principal era mejorar la formación técnico-académica de los artistas, su acción se enderezaba a combatir el viejo espíritu colonial superviviente y apuntalar el emergente espíritu republicano, como decían sus estatutos: *"Cultivar el arte del dibujo, la Constitución de la República y los principales elementos de Derecho Público"*.

Uno de los principales animadores de esta Escuela fue su vicepresidente, el pintor, caricaturista, pianista y compositor Juan Agustín Guerrero (1818-1880), quien era también un adalid de las ideas progresistas y un insurgente cultural, que se empeñaba en rescatar las raíces indígenas de la cultura ecuatoriana, en retratar a los personajes populares con sus oficios y actitudes, y en ironizar sobre la vida urbana por medio de la caricatura.

Siguiendo el ejemplo de este joven maestro, algunos de sus discípulos iniciaron el rescate y valoración de la música folklórica ecuatoriana y particularmente de los ritmos andinos, tanto indígenas como mestizos, mientras otros alumnos de esa primera Escuela Democrática, cultores del dibujo y la pintura, se proponían culminar aquel esfuerzo de renovación artística para nacionalizar el arte ecuatoriano, vinculándolo definitivamente a las realidades naturales y sociales del país. Entre ellos estaban Juan Pablo Sanz (1819-1897), Rafael Salas (1826-1906) y Luis Cadena (1830-1889), y más tarde se incorporaron a ese grupo de pintores profesionales los jóvenes



quiteños Juan Manosalvas (1840-1906) y Joaquín Pinto (1842-1906) y el joven ibarreño Rafael Troya (1845-1920), que fuera discípulo de Cadena y conociera de cerca la labor de Pinto.

Por la misma época, se constituyeron también en Quito otras dos Sociedades Democráticas: la “*Sociedad de Ilustración*” y la “*Sociedad Hipocrática*”. La primera estaba conformada por jóvenes intelectuales de diversa especialidad, estudiantes universitarios y gentes letradas, y su objeto era promover la educación general del pueblo y en especial la educación política de los ciudadanos, pues consideraba que la ignorancia era la base de la inacción y el fanatismo. Su Presidente, Juan Francisco Gómez de la Torre, proclamaba:

Aunque los retrógrados maldigan y se irriten, los jóvenes de la Sociedad de Ilustración mantendremos en continuo movimiento el pensamiento regenerador. No nos intimidaremos porque se nos diga que al indicar una reforma abrimos un volcán a nuestros pies. .. Tampoco nos atemorizan los alaridos desesperantes del floreano; combatiremos su secta... Para el combate no se necesita más que de valor, y para el triunfo, la justicia de la causa que se defiende. Nunca aplazaremos los momentos favorables que se presenten para luchar con(tra) todos aquellos que quieran su elevación destruyendo los derechos del pueblo...<sup>2</sup>

A su vez, la Sociedad Hipocrática estaba integrada por médicos, estudiantes de medicina y auxiliares, y tenía por finalidad desarrollar la ciencia médica y utilizarla al servicio de los más necesitados. Como afirmara su Presidente, doctor Rafael Barahona:

La Sociedad Hipocrática trabaja por emancipar a la Medicina de esa vieja rutina en que ha gemido, y por encarrilarla por el sendero de los descubrimientos. ... Y para conseguir los resultados a que se dirijan nuestros esfuerzos, aguardamos de los sentimientos filantrópicos del gobierno, que... se empeñe en fomentar la salubridad pública, como el bien más positivo de la doliente humanidad...<sup>3</sup>

---

2 Discursos pronunciados por los miembros de la Sociedad de Ilustración, de la Escuela Democrática de Miguel de Santiago y de la Sociedad Hipocrática en el día seis de marzo del presente año de 1853, en el local de sesiones de la Sociedad de Ilustración, Quito, 1853, Imprenta del Gobierno.

3 *Ibid*, p 9.



Naturalmente, la emergencia de estas sociedades, en las que bullía el pensamiento liberal y se manifestaban los primeros atisbos de socialismo utópico, inquietó grandemente a las entidades del viejo régimen, en particular a la Iglesia, que las combatió desde los púlpitos, acusándolas de ser clubes revolucionarios empeñados en la disolución social. Ello motivó la respuesta de los acusados, que manifestaron:

La existencia de las Sociedades Democráticas es la prueba incontestable de que el espíritu Democrático es el espíritu del siglo, y que el pretender contenerlo es un delirio. ... Ellas se conservan y marchan impertérritas, porque los principios son su norte, la igualdad su divisa, la fraternidad el vínculo de su unión, la libertad el ídolo de su culto y el progreso el fin que se han propuesto conseguir bajo el amparo de un Gobierno filantrópico, que anhela por la felicidad de la Patria y el bienestar de los ciudadanos.<sup>4</sup>

Así, de esa “primavera de libertad” que llegó con la Revolución Marcista salieron los impulsos de búsqueda de una identidad nacional, de un renovado sentido de pertenencia. Ese primer gobierno liberal estimuló esa búsqueda, para lo cual, en 1857, creó la “Escuela de Artes y Oficios”. Por el mismo tiempo nació la “Escuela de Dibujo” dirigida por el arquitecto y dibujante Juan Pablo Sanz y en 1859 se formó la “Academia de Arte y Pintura” dirigida por Luis Cadena.

Sin dejar del todo el cultivo del “arte heroico” nacido con la independencia, que para entonces había sustituido en importancia al arte religioso imperante en la colonia, esos jóvenes intelectuales y artistas se lanzaron a construir la imagen de su nueva nación republicana, a la que soñaban verla renovada y próspera, libre de las viejas ataduras feudales, pero también de los nuevos autoritarismos republicanos. Y el régimen marcista apoyó esas iniciativas. En 1854, fueron enviados a Europa los prometedores artistas jóvenes Rafael Salas y Luis Cadena, que luego se constituirían en glorias del arte nacional y, en el caso del segundo, en Director de la primera *Escuela*

<sup>4</sup> Mariano Rodríguez, en *Discursos ...*, op. cit., pp. 4-7.

*de Bellas Artes*, creada por García Moreno en 1872. Luego los siguió a Europa el joven Juan Manosalvas, que estudió en Roma y fue influido por el arte acuarelista de M. Fortuny.

Como resultado de ese esfuerzo generacional, surgió en el Ecuador decimonónico toda una corriente de renovación artística que se empeñó en recrear la imagen nacional, cultivando el paisaje urbano, el paisaje campesino, la descripción de los tipos sociales y los oficios populares, y descubriendo al mundo la presencia del indio y su pobreza. Particularmente importante fue para ello el aporte de Joaquín Pinto, un pintor genial e irreverente, que no dudó en enfrentarse con el poder eclesiástico, burlándose de los curas borrachos o denunciando las barbaridades de la antigua Inquisición.

Mientras esa primera generación de arte nacionalista buscaba sus propios derroteros estéticos, unos jóvenes señores de la aristocracia serrana decidieron incursionar también por las veredas del arte, en busca de captar con sus paletas y eternizar en sus lienzos esas montañas formidables que veían a la distancia, esos atardeceres de rojo y oro que parecían incendiar el firmamento, esas nubes y neblinas que dinamizaban el paisaje y lo renovaban cada día. Ellos no eran viajeros que anduviesen al desgaire. Eran caminantes ilustrados, gentes que habían leído los libros de viajes de los viajeros y científicos que habían visitado el Ecuador desde tiempos coloniales, que habían visto publicaciones interesantes, que habían bebido amplias informaciones sobre la geografía, la hidrografía, la vulcanología y otros detalles de su país. Respondían a los nombres de Julio Zaldumbide (1833-1881), Luis Cordero (1833-1912), Honorato Vazquez (1855-1933), Juan León Mera (1832-1894), Luis Alfredo Martínez Holguín (1869-1909).

Cabe precisar que unos y otros, es decir, tanto esos pintores profesionales como esos paisajistas aficionados, eran hijos y nietos intelectuales (y, a veces, sanguíneos) de esos criollos que empezaron el descubrimiento de su propio país y terminaron luchando por su emancipación, de Maldonado, de Villalobos, de Mejía, de Espejo, de Cañizares, de Selva Alegre y otros de aquel tiempo heroico. Y ahora, alcanzada ya la independencia nacional, querían conocer mejor su propio país, para amarlo con mayor conocimiento de causa. Y por

eso se lanzaron, cada uno por su lado, a la bella y romántica aventura intelectual de recrear los paisajes ecuatorianos.

Luego, ya entrados en el paisaje, tanto esos insurgentes artistas de clase media como esos jóvenes aristócratas enamorados del arte descubrirían el resto: los valles y hondonadas, los páramos silentes y las chozas indias, los bosques enmarañados y sus infinitos habitantes, los senderos lodosos y los desfiladeros estrechos, para alcanzar finalmente los puertos de montaña, esos formidables miradores naturales desde los cuales el ser humano puede captar con su mirada una espectacular dimensión del paisaje andino, con sus inmensos ríos y sus extensos bosques, con sus impresionantes declives cordilleranos, con sus infinitas e impresionantes nubes.

El pintor imbabureño Rafael Troya resultó ser el más sostenido en esa búsqueda, el más meticuloso, el más detallista y minucioso en la captación de las formas, signos y escenas de esa rica y sorprendente naturaleza, a la que buscó captar en toda su magnificencia, pero también recrear en su detalle, jugando con la luz y la sombra para poner fulgores o tenue placidez en el color. Pintaba fundamentalmente paisajes, es cierto, pero no dejaba de poner en algunos de ellos los detalles sociales, como los caminos con arrieros.

Entre esos pintores de buena familia hubo uno que fue más allá del horizonte pictórico, puesto que la paleta le quedó corta para aprehender y describir el paisaje social que lo rodeaba, por lo que completó su aventura intelectual con un esfuerzo literario, en el que quiso poner mucho más que el paisaje natural que había captado tan sagazmente. Ese pintor se llamaba Luis Alfredo Martínez, era ambateño de buena familia y eternizó en su estupenda novela realista *A la Costa* lo que los pinceles no se lo consentían: la emoción del viaje desde la Sierra y sus aventuras, el descubrimiento de las relaciones de trabajo y las formas de vida social existentes en el litoral, los prejuicios regionales, además de los detalles propios de esa agreste y a ratos salvaje naturaleza tropical, todo ello en medio de una feroz guerra civil y aderezado con rasgos de romanticismo latinoamericano.

Paralelamente, ese pintor de paisajes y escritor de novelas realistas irá todavía más lejos y se meterá en las lides revolucionarias, de la mano del bando liberal. Y terminaría siendo Ministro de Ins-

trucción Pública en 1903, equipando la Escuela de Bellas Artes (creada legalmente por el general Eloy Alfaro en 1900), fundando la Facultad de Ciencias en Quito y la Escuela Normal de Agricultura en Ambato. Dato especialísimo: al instalarse la Escuela de Bellas Artes, figuraron entre sus maestros esos tres grandes pintores profesionales formados en el siglo XIX: Joaquín Pinto, Rafael Salas y Juan Manosalvas.

Y no voy más allá, porque mi única intención era motivarlos a escuchar con atención el discurso de nuestro recipiendario del día de hoy, el doctor Xavier Puig Peñalosa, un especialista en historia del arte y un apasionado estudioso del arte ecuatoriano del siglo XIX, sobre lo cual ha escrito relevantes estudios.

Es Licenciado –con tesina– en Filosofía y CC. EE. (sección Filosofía) por la Universidad del País Vasco/EHU, graduado en 1986; doctor en Filosofía por la Universidad del País Vasco/EHU, graduado en 1992, y profesor titular de Universidad, del Área de Estética y Teoría de las Artes, desde 1999.

Ha sido profesor de la Universidad del País Vasco/EHU, desde 1985 hasta 2016, en que se jubiló. Responsable de varios Programas de Doctorado, tanto en España como en el extranjero. Ha dictado diversos cursos de Doctorado en la Universidad del País Vasco/EHU y en universidades extranjeras. Igualmente ha impartido diversos seminarios y conferencias en instituciones universitarias y/o académicas, nacionales y extranjeras, y presentado ponencias en congresos nacionales e internacionales.

También ha sido miembro de diversos Tribunales de Tesis Doctorales y Trabajo de fin de máster (doctorado), y director de las mismas; miembro organizador de diversos congresos, jornadas y/o seminarios; miembro de Consejos de Redacción de revistas especializadas y asesor académico; lector-evaluador de libros y artículos, y miembro del Jurado Calificador de salones de pintura en Ecuador.

Es autor de varios libros, capítulos de libros y artículos especializados, entre los que destaco los siguientes:

- *Rafael Troya: estética y pintura de paisaje* (2015).
- *Algunos apuntes para una estética literaria según Juan León Mera: entre romanticismo y neoclasicismo* (2018).

- *Luis A. Martínez y su tiempo: política, literatura y pintura de paisaje* (en prensa).
- *Algunos apuntes y reflexiones sobre una sociedad disciplinada y disciplinaria: el caso del noticiero "Ecuador Noticiero Ocaña Film" 1929* (en prensa).
- *Los grabados en madera Hombres del Ecuador (1937) de Eduardo Kingman. Otros grabados e ilustraciones.* (investigación en curso).

Concluyo dando la bienvenida a nuestra Academia Nacional de Historia al nuevo Miembro Correspondiente doctor Xavier Puig Peñalosa, cuya presencia enriquecerá sin duda nuestros trabajos intelectuales.

Muchas gracias por su atención

Ibarra, 5 de diciembre de 2018

## Bibliografía

*Discursos pronunciados por los miembros de la Sociedad de Ilustración, de la Escuela Democrática de Miguel de Santiago y de la Sociedad Hipocrática en el día seis de marzo del presente año de 1853, en el local de sesiones de la Sociedad de Ilustración, Quito, 1853, Imprenta del Gobierno.*



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

**Forma sugerida de citar este artículo:** Núñez Sánchez, Jorge, “BIENVENIDA A XAVIER PUIG COMO MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA”, *boletín de la academia nacional de historia*, vol. XCVI, N°. 200, julio – diciembre 2018, Academia Nacional de Historia, Quito, 2018, pp.394-403.